

## La casa de la bruja

Entre aquellas perdidas montañas pasé mi infancia, entre aquellos antiguos y olvidados valles mis veranos. A mi corta edad mis abuelos se mudaron a aquellos Picos pues la condición de mi abuelo les obligó a ello. Mis vacaciones las pasaba yo con ellos y desde una tierna edad me ví cruzando los largos campos de girasoles para subir y bajar de una tierra a la otra. A mí me encantaban esos místicos valles llenos de cuentos de hadas y traviosos trasgos. A mí abuelo le parecían tonterías pero yo no podía evitar quedarme embelesada con aquellos paisajes tan mágicos. Pero al igual que en los cuentos de antaño también había villanos. En el mío era una casa en medio del camino que se adentraba en la montaña, la casa de la bruja. Siempre que pasaba al lado de esta un gran miedo poseía mi cuerpo, pasaba todo lo rápido que podía y sin mirar siempre que tenía que subir al pueblo de al lado.

Apenas tenía amigos, pasé casi todos mis veranos sola en aquella casa con mis cuentos y fantasías. Intenté acercarme a los otros niños, pero estos me rehuían como si portase la peste. Al ser de ciudad pensaban que sería una estirada que los trataría como inferiores, pero fueron estos los que ni una oportunidad me dieron. De hecho no era raro verles merodeando cerca de mí observandome curiosos como si fuera algo único que no volverían a ver en la vida pese a yo venir todos los años. A veces callaban mientras observaban, otras se reían a lo lejos y algunos zagales, los más groseros del pueblo se burlaban de mí. Me llamaban bruja, decían que una niña que leía era antinatural, que dios me castigaría con el infierno. Estas burlas no me molestaban en demasía puesto que sabía que ninguno de estos niños sabía leer y lo veían como algo extrañísimo. Era un pueblo muy pequeño donde no hubo escuela hasta tiempos de la segunda república, además al estar entre tan altas montañas su comunicación con otros pueblos era escasa.

Nunca le cogí odio o resentimiento a las que de corazón yo considero mis tierras, pese a ser rechazada por sus gentes. No me importaba lo que se hablaba entre visillos de mí. Mi familia era por lo general respetada pero debido a mi introversión resultaba extraña a las gentes del pueblo.

Recuerdo un día en el que estaba leyendo bajo un árbol que usaba de respaldo, del cuál no necesitaba sombra por estar el día nublado, en que aquellos zagales que mencioné anteriormente fueron más groseros conmigo que de normal. No pararon de chincharme y por eso huí hacia la montaña, pensé que allí encontraría refugio, que sus mágicos seres me acogerían sin dudarlo. Pero los niños me siguieron. Sin yo darme cuenta acabé en la casa de

la bruja que del miedo que esta me imponía me quedé paralizada. Los niños me alcanzaron, me zarandearon y me levantaron las faldas, dejando expuestas mis enaguas. De la vergüenza que sentí salí corriendo de nuevo con los ojos cerrados sin darme siquiera cuenta de hacia donde corría y me estampé con la que era la puerta de la casa de la bruja. Los niños volvieron a alcanzarme y uno de ellos gritó “Mira por donde, la bruja volviendo a su escondite, ¿por qué no la encerramos en su casa? así será incapaz de maldecir a nuestras cabras”. Y en efecto, cumplieron con su palabra. Yo entré en un estado de trance y al cabo de pocos minutos sin yo apenas darme cuenta me ví encerrada en aquella casa oscura donde mi mente imaginaba que vivía el mal. La casa era oscura, llevaba años abandonada, siempre lo estuvo, por lo menos desde que llegamos, nunca supe qué les pasó a los anteriores dueños. En cuanto me encerraron sorprendentemente ya no estaba asustada me sentía en paz. El estado de la casa era deplorable y parecía sacado de una de las leyendas de Becquer. Parecía que sus antiguos dueños habían salido despavoridos por el motivo que fuera dejando así la casa como si estuviera paralizada en el tiempo, había un candil sobre la mesa consumido por completo, las albarcas o madreñas que así las llaman aquí, del antiguo pastor siguen manchadas, las alacenas todavía guardan los platos ahora polvorientos y cubiertos de telarañas. Pero aún así no tenía miedo, puesto que no notaba ninguna presencia, solo estaba yo. Quién diría que después de todo este tiempo yo era la bruja, yo era la bruja que tanto temía y que tanto temían esos zagales. Me temían no solo por saber leer y ser mujer, también por mi apellido, apellido que apeló al odio de aquellos jóvenes desde el primer momento. Malo ese era mi apellido solamente me di cuenta de esto ya entrados los años pero no me cabe duda de que tan solo mi apellido condicionó la mirada de esos niños, mirada que acabó condicionando toda mi vida. Mirada que sabía que nunca me quitaría de encima ni aún cambiandome el apellido por que esas cuatro letras no eran solo mi apellido, eran lo que la sociedad convirtió en mi esencia. Porque como así lo quiso el destino yo era mala, yo era la bruja, no por mis acciones, daba igual lo que hiciera que este es el papel que el universo me obligó a ocupar.